
[Kory Stamper]

Palabra por palabra

(word by word)

1. f. La vida secreta de los
diccionarios.

Capitán Swing®

Palabra por palabra

La vida secreta de los diccionarios

[Kory Stamper]

Traducción de
Martín Schifino

Capitán Swing 

Puede señalarse que el idioma inglés no es un sistema lógico, que su vocabulario no se ha desarrollado en correlación con generaciones de pensadores rectos, que no podemos imponerle un ideal del método científico preconcebido y esperar obtener algo más sistemático y esclarecedor de aquello con lo que empezamos: empezamos con un conglomerado heterogéneo e imperfecto que conserva los huesos indestructibles de innumerables tentativas de entablar una comunicación ordenada, y nuestras definiciones como organismo no pueden sino reflejar esa situación.

PHILIP BADCOCK GOVE

Circular interna de Merriam-Webster

«Técnicas de definición»,

22 de mayo de 1958

Prefacio

El lenguaje es una de las pocas experiencias comunes de la humanidad. No todos podemos andar; no todos podemos cantar; no todos apreciamos los pepinillos. Pero todos tenemos el deseo innato de comunicar por qué no podemos andar o cantar o tolerar los pepinillos. Para ello usamos nuestro idioma, el vasto acervo de palabras y sentidos que hemos ido adquiriendo a lo largo de la vida, como avaros lingüísticos. En algún momento deberemos mirar a alguien a los ojos y decir, o escribir, o comunicar por señas:

—Los pepinillos no van conmigo.

El problema empieza cuando la otra persona responde:

—¿A qué te refieres exactamente con que no «van»?

¿A *qué* te refieres? Con toda seguridad, los humanos hemos estado definiendo palabras de un modo u otro desde que hicimos nuestra aparición. Hoy en día lo vemos en los niños que adquieren su lengua materna: todo empieza cuando alguien explica el universo inmediato a un bebé que es una masa blanda y babosa, y continúa cuando la masa comprende la conexión entre el sonido que sale de la boca de mamá o papá —«taza»— y la cosa que mamá o papá señalan. Observar cómo ocurre esa conexión se parece a presenciar una fisión nuclear en miniatura: se produce un

destello en la mirada, se enciende un cúmulo de sinapsis al mismo tiempo y sobrevienen muchos gestos frenéticos mientras se acopian datos. El bebé señala; un adulto atento responde con la palabra que representa el objeto. Y así empezamos a definir.

Conforme crecemos, vamos desmenuzando las palabras. Aprendemos a relacionar «gato» y «miau»; aprendemos que los leones y los leopardos también se llaman «gatos», aunque tienen tanto en común con un persa doméstico de pelo largo como un oso de peluche con un oso pardo. Elaboramos una pequeña ficha mental con todo lo que se nos ocurre cuando se dice la palabra «gato», y después, cuando nos enteramos de que un oriundo de Madrid también se llama «gato», abrimos bien los ojos y le añadimos pequeños apéndices a la ficha.

En el fondo, siempre estamos en busca de una frase declarativa que capture la cualidad inefable y universal representada por la palabra «gato», algo que comprenda a un gran «gato» como el león y al perezoso «gato» doméstico y también al humano madrileño. Y así acudimos a la fuente en la que tenemos más probabilidades de encontrar esa frase declarativa: el diccionario.

Leemos las definiciones proporcionadas casi sin pensar en cómo han ido a parar allí. Pero todas las partes de una entrada del diccionario han sido concebidas por una persona sentada en un despacho, con los ojos bien cerrados mientras piensa en la mejor manera de describir, de manera precisa y concisa, la acepción madrileña de la palabra «gato». Día tras día, esas personas consumen una enorme cantidad de energía mental en busca de las

palabras adecuadas para describir, por caso, «inefable», y se devanan los enmarañados sesos con la esperanza de acabar con un perfecto hilo de palabras extendido sobre sus escritorios. Tienen que hacer caso omiso de los enredos verbales que se acumulan a sus pies y se les meten en los zapatos.

En el proceso de aprender a escribir un diccionario, los lexicógrafos deben afrontar la lógica escheresca del idioma y sus hablantes. Palabras de apariencia sencilla acaban siendo casas fantásticas con un montón de puertas que dan al vacío y escaleras que no conducen a ninguna parte. Las convicciones lingüísticas más arraigadas de la gente ponen zancadillas; cargas con tus propios prejuicios como cruces. Avanzas penosa y constantemente, olvidado de todo salvo el objetivo de capturar y documentar el idioma. Dar puede ser recibir,[1] lo nimio enorme[2] y las palabras más pequeñas pueden llevarte a la perdición. Prefieres hacer eso que cualquier otra cosa.

Abordamos este idioma estrepitoso de la misma manera en que abordamos el diccionario: palabra por palabra.

[1] **dar 15.** tr. Recibir una clase (DRAE; véase la bibliografía para más detalles).

[2] **nimio 2.** adj. Dicho generalmente de algo no material: Excesivo, exagerado (DRAE).

Palabra **por palabra**

*Para mis padres,
Allen y Diane, que compraron
libros y me dieron amor*

Hrafnkell

Sobre el enamoramiento

Nos encontramos en una sala de conferencias abrumadoramente pequeña. Es un día fresco de junio y, aunque estoy sentada sin moverme en una oficina con mucho aire acondicionado, mi abundante transpiración empieza a empaparme el vestido. Es lo que me pasa en las entrevistas de trabajo.

Un mes antes presenté una solicitud para un empleo en Merriam-Webster, la editorial de diccionarios más antigua de los Estados Unidos. El anuncio ponía «asistente editorial», un puesto de nivel básico, pero me encendí como un árbol de Navidad al ver que una de las principales responsabilidades sería escribir y revisar diccionarios de inglés. Redacté un currículum; me llamaron para una entrevista. Busqué el atuendo más apropiado y no escatimé antitranspirante (en vano).

Steve Perrault, el hombre que tenía sentado enfrente, era (y sigue siendo) el director de definiciones en Merriam-Webster y la persona a la que esperaba tener por jefe. Era muy alto y muy reservado y parecía estar casi tan incómodo como yo, incluso mientras me mostraba la zona modesta y casi silenciosa del departamento editorial. Al parecer, ni a

él ni a mí nos gustaban las entrevistas. En cualquier caso, yo era la única que transpiraba profusamente.

—Bueno —aventuró—, ¿por qué te interesa la lexicografía?

Inspiré hondo y apreté bien la mandíbula para no empezar a balbucear. La respuesta era complicada.

Soy la hija mayor de una familia de clase obrera sin muchas inclinaciones literarias, pero desde niña me han encantado los libros. De acuerdo con la hagiografía, empecé a leer a los tres años: descifraba los letreros cuando íbamos en coche y sacaba los botes de la nevera para probar el sabor de sus nombres: «Ma-yo-ne-sa. Mos-ta-za». Mis padres admiraron mi precocidad, pero no le dieron mucha importancia.

Me zampé libros infantiles, coleccioné catálogos, destrocé las dos revistas bimensuales a las que estábamos abonados (*National Geographic* y *Reader's Digest*), leyéndolas una y otra vez hasta hacerlas pedazos. Un día mi padre regresó de su trabajo de la central eléctrica de la zona, exhausto, y se desplomó en el sofá a mi lado.

—¿Qué estás leyendo, chiqui?

Levanté el libro para mostrárselo: *Taber's Cyclopedic Medical Dictionary*, un volumen de otros tiempos, cuando mi madre era enfermera.

—Estoy leyendo una entrada sobre la esclerodermia —le dije—. Es una enfermedad de la piel.

Tendría unos nueve años.

Cuando cumplí los dieciséis, descubrí placeres más adultos: Austen, Dickens, Malory, Stoker, un puñado de

Brontës. Me llevaba los libros a hurtadillas a mi habitación y leía hasta ponerme bizca.

Lo que me atraía no eran las historias (buenas o malas); era el idioma mismo, el modo en que lo paladeaba en mi boca reforzada con ortodoncia y en que resonaba en mi cabeza adolescente. Conforme fui creciendo, las palabras se convirtieron en mis armas preferidas. ¿De qué otra cosa dispone una muchachita torpe, pequeña y con poco don de gentes? Era una Empollona con mayúscula y me trataban como tal. «Nunca les des la dignidad de una respuesta», aconsejaba mi abuela, una frase de la que se hacía eco de manera más lacónica mi madre: «No les hagas caso». Pero ¿por qué hacerme la tonta cuando podía ser la más lista, aunque solo fuera por mi propia satisfacción? Cogí el *Roget's Thesaurus*, un viejo diccionario de sinónimos comprado de oferta, y me lo metí debajo de la camisa, junto al corazón, antes de correr a leerlo en mi habitación. «Troglodita», murmuré cuando un maleducado dijo una grosería sobre el cuerpo de otra chica en el pasillo. «Farolero», refunfuñé cuando un compañero de clase presumió de la juerga alcohólica del fin de semana anterior. Otros adolescentes se contentaban con «lameculos»; yo ponía el alma en «deplorable pelotillero».

Por lexófila que fuera, con todo, nunca me planteé hacer carrera con las palabras. Era una chica práctica de clase obrera. Las palabras eran un pasatiempo: no iban a proporcionarme un buen sustento. O, mejor dicho, no podía desperdiciar una educación universitaria —algo que nadie en mi familia había tenido— y encerrarme en una habitación a miles de kilómetros de casa para leer catorce

horas por día, aun cuando la idea me hiciera temblar de emoción. Me marché a la universidad con toda la intención de convertirme en médica. La medicina era una profesión segura, y sin duda tendría tiempo para leer después de triunfar como neurocirujana.[3]

Por fortuna para mis futuros pacientes, no sobreviví a Química Orgánica, una asignatura que solo existe para extirpar del cuerpo médico a los vagos como yo. Llegué al segundo año de universidad desnortada, con un puñado de materias de humanidades en mi horario. Una de las mujeres de mi residencia estudiantil me preguntó a qué clases asistía mientras comíamos cereales:

—Latín —recité—, Filosofía de la Religión, un seminario sobre sagas islandesas medievales...

—Vamos a ver —dijo—. Sagas islandesas medievales. *Sagas islandesas medievales*. —Dejó la cuchara en el plato—. Te lo voy a repetir una vez más para que oigas lo demente que suena: *sagas islandesas medievales*.

Claro que suena demente, pero a mí me parecía mucho más interesante que la química orgánica. Si algo me habían enseñado los primeros cursos de medicina era que los números y yo no congeniábamos.

—Bueno, vale —dijo, para seguir desayunando—. Allá tú con el préstamo estudiantil.

Las sagas islandesas medievales son una colección de historias sobre los primeros colonos nórdicos de Islandia y, si bien unas cuantas de ellas se basan en acontecimientos históricos verificables, no por eso dejan de sonar como telenovelas escritas por Ingmar Bergman. Las familias se guardan rencor durante siglos, los hombres cometen

asesinatos por motivos políticos, las mujeres conspiran para que sus maridos o padres traigan gloria al nombre familiar, la gente se casa y se divorcia y se vuelve a casar y todos los cónyuges mueren en circunstancias misteriosas. También hay zombis y personajes llamados «Thorgrim el Mordedor de Bacalao» y «Ketil el Nariz Chata». No se me ocurría una cura mejor para mi fracaso en primero de Medicina.

Pero lo que más me enganchó fue la clase en la que un profesor (quien, a juzgar por su barba roja pulcramente recortada y sus modales engolados, sin duda habría sido llamado Craig el Catedrático en una de las sagas) nos enseñó a pronunciar los antiguos nombres en nórdico antiguo.

Acabábamos de empezar a leer una saga cuyo personaje principal se llama Hrafnkell. Yo, como mis compañeros de clase, supuse que esa desafortunada sopa de letras se pronunciaba, a la manera inglesa, más o menos correspondiente al sonido español \hrá-fen-kel, con una *h* aspirada al comienzo\. No, no, no, dijo el profesor. El nórdico antiguo tenía un sistema de pronunciación distinto. «Hrafnkell» debía pronunciarse... y los sonidos que salieron de su garganta no pueden reproducirse con las veintisiete letras de las que dispongo aquí. El «Hraf» era gutural y vibrante, \JRAF\, como dicho por un corredor que carraspeará sin aliento. La *-n-* se articulaba hacia dentro, con un respiro para que las cuerdas vocales se preparasen para articular el magnífico floreo de «kell». Imaginen que dicen «¡aj!», el sonido que hacen los niños en las publicidades cuando les dan un plato de brócoli hervido en

vez del Crocante Cereal de Fresa con Pepitas de Chocolate. Ahora reemplacen el sonido /a/ por la /k/ de kiosco. Ahí tienen la pronunciación de «Hrafnkell».

A nadie le salía bien el último sonido; la clase entera sonaba como gatos tratando de escupir bolas de pelo. «*Ejs, ejs*», decía el profesor, y nosotros lo imitábamos con denuedo: «*Aj, aj*».

—Me estoy babeando todo —dijo un alumno.

Acto seguido el profesor se iluminó.

—Eso es —dijo con alegría—. Ya lo tienes.

En nórdico antiguo la *ll* final, explicó, se llamaba fricativa lateral alveolar sorda.

—¿Cómo? —solté, y él repitió:

—Fricativa lateral alveolar sorda.

A continuación, explicó que también se utilizaba en galés, pero me perdí la explicación porque me había quedado atrapada en la etiqueta. *Fricativa lateral alveolar sorda*. Un sonido pronunciado, que sin embargo se llamaba «sordo» y que, al articularse, podía dirigirse como un escupitajo de tabaco, *lateralmente*. Y eso de «fricativo» sonaba total y fabulosamente obsceno.

Después de clase me acerqué al profesor. Le dije que quería estudiar *eso*: sagas islandesas y pronunciaciones raras y todo lo demás.

—Podrías probar con los estudios medievales —me sugirió—. Lo mejor es empezar por el inglés antiguo.

El semestre siguiente, veinte alumnos y yo nos sentamos en torno a una mesa de conferencias como las que solo se ven en las universidades de humanidades o en películas con salas de guerra, mientras el mismo profesor hacía una

introducción al inglés antiguo. El inglés antiguo es el tatarabuelo del moderno, una lengua muerta que, a grandes rasgos, se habló en Inglaterra entre los años 500 y 1100 de nuestra era. Se parece a un alemán borracho e inclinado con algunas letras adicionales.

Hē is his brōðor.

þæt wæs mīn wīf.

þis līf is sceort.

Hwī singeð ðes monn? [4]

Pero, dicho en voz alta, el aire de familia con el inglés es evidente:

He is my brother. [Él es mi hermano].

That was my wife. [Esa era mi esposa].

This life is short. [Esta vida es corta].

Why is that man singing? [¿Por qué canta ese hombre?]

Fuimos traduciendo a trompicones. Después el profesor explicó las convenciones de pronunciación del inglés antiguo; hay una sección hartamente abstrusa sobre pronunciación en la *Bright's Old English Grammar*,^[5] y nos metimos en ella de lleno.

Pero aquel primer ejercicio de traducción me dejó un gusanillo en la cabeza que se resistía a marcharse: «*Hwī singeð ðes monn?*». Me quedé mirando la oración un buen rato, preguntándome por qué las otras oraciones parecían coincidir tan bien con las traducciones, pero no esa.

No era el primero de esos gusanillos: los había tenido en la escuela secundaria en la clase de alemán, al darme cuenta de que «*Vater*» y «*Mutter*» y «*Schwester*» eran como los primos menonitas de «*father*» y «*mother*» y «*sister*». Lo mismo me había ocurrido en latín, al murmurar

la conjugación de *amo, amas, amat*, cuando había caído en la cuenta de que «*amour*», una antigua palabra inglesa que remitía al amor o al amado, se parecía mucho al verbo latino «*amare*». Esperé a que acabara la clase para preguntar al profesor por su traducción de «*hwī singeð ðes monn?*», y me confesó que no era una traducción literal, palabra por palabra; eso sería «*why singeth this man?*». El gusanillo mordió con más fuerza. Yo era vagamente consciente de que Shakespeare utilizaba palabras que nosotros no —entre ellas, «*singeth*»—, pero nunca me había parado a pensar en por qué las formas antiguas diferían de las actuales. El inglés era inglés, ¿no? Tuve que aprender sin dilaciones que el inglés cambiaba. «*Singeth*» no era un floreo presuntuoso que Shakespeare había empleado para dar un tono elevado y elegante a sus escritos; «*singeth*» era la manera común y corriente de conjugar el verbo «*sing*» a finales del siglo XVI. Y daba la casualidad de que se trataba de un resabio del anglosajón. Los hablantes de inglés utilizaron «*singeth*» más tiempo que el moderno «*sings*».

Yo llevaba años tragando palabras tan indiscriminada y rápidamente como podía, el equivalente lingüístico de un perro que aspirara las palomitas de maíz desparramadas en el suelo; había engullido «*singeth*» y «*sings*» sin pensar en el porqué de la diferencia. Lo único que se me ocurría era: «Vaya con el inglés». Pero las manías ilógicas del inglés que todos debemos soportar y que tanto nos enfurecen no son ilógicas en absoluto. Están documentadas en las primeras fotos del idioma.

En adelante, fui una obsesa: rastreeé palabras por el mundo de espadas y broqueles del inglés antiguo, subí y bajé en el balancín del inglés medio, desentrañé los guiños y alusiones de Shakespeare; rastrillé y escarbé en palabras inglesas como «*supercilious*» [altanero] hasta encontrar el latín y el griego frescos y de vocales abiertas que se encontraban debajo. Descubrí que «*nice*» [amable] antes quería decir «lascivo» y que «*stew*» [guiso] antes significaba «burdel». No era que hubiese caído en una madriguera fantástica, como Alicia; había visto la madriguera a lo lejos y había corrido hacia ella a toda prisa, para arrojarme dentro de cabeza. Cuanto más aprendía, más me enamoraba de aquel idioma alocado, vibrante y promiscuo.

Con las manos bien juntas, traté de contarle a Steve Perrault una versión muy abreviada y elocuente de lo anterior. Permaneció impasible en su asiento enfrente de mí, mientras yo seguía parloteando, empapada en sudor y consciente —por primera vez desde que había respondido al anuncio— de que realmente quería aquel trabajo, y que real, pero realmente, estaba divagando.

Paré y me eché adelante, sin aliento.

—La verdad... —dije, abanicándome con las manos, como si el vientecillo fuera a traerme un poco de inteligencia. Pero la inteligencia no llegó y solo me quedó la verdad desnuda y sincera—: Lo cierto es que adoro el inglés —solté—. Me encanta. Realmente, soy una enamorada del idioma.

Steve inspiró hondo.

—Bueno —dijo, sin inmutarse—, pocas personas tienen tu entusiasmo.

Tres semanas más tarde empecé a trabajar como asistente editorial en Merriam-Webster.

Merriam-Webster es la editorial más antigua de diccionarios de los Estados Unidos; extraoficialmente, la empresa se remonta a 1806, cuando Noah Webster publicó su primer diccionario, *A Compendious Dictionary of the English Language*, y oficialmente a 1844, cuando los hermanos Merriam compraron los derechos del diccionario de Webster tras su muerte. La empresa lleva más tiempo en activo que Ford Motors, Betty Crocker, NASCAR y treinta y tres de los cincuenta estados de la unión. Es más norteamericana que el fútbol (un invento británico) y el pastel de manzanas (igual).[6] Según la sabiduría popular,[7] el buque insignia de la empresa, el *Merriam-Webster's Collegiate Dictionary*, es uno de los libros más vendidos en la historia de los Estados Unidos y puede que sea el segundo más vendido después de la Biblia.

Sería de esperar que tan augusta institución estadounidense residiera en una noble edificación georgiana o neoclásica, adornada con mucho mármol, un buen número de columnas y un césped impoluto. Si se piensa en el equivalente arquitectónico de la palabra «diccionario», lo que viene a la mente son vitrales, techos abovedados, paneles de madera oscura y cortinajes suntuosos.

La realidad es muy distinta. Merriam-Webster se alberga en un modesto edificio de ladrillo de dos plantas situado en lo que se conoce eufemísticamente como un «barrio de

transición» de Springfield (Massachusetts). En el estacionamiento, de cuando en cuando hay trapicheos de droga, y en el cristal de seguridad del contrafrente hay agujeros de balas. La puerta de entrada, enmarcada por un enladrillado levemente interesante y un precioso mirador, siempre está con llave; si se toca el timbre nadie sale a abrir. Los empleados ingresan por el fondo del edificio, aprisa y con la espalda encorvada, como si estuvieran entrando a hurtadillas en algunos de los locales de *striptease* situados a la vuelta. El interior está lleno de yuxtaposiciones raras, con objetos históricos de recuerdo desparramados por todo el edificio, cuya estética nada describe mejor que la expresión «oficina sosa». A un costado del sótano hay una cafetería de los años cincuenta abandonada, convertida en un comedor con fuertes sillas de madera, vastas superficies de linóleo chillón y una pequeña oficina arrinconada «a nivel del jardín». El otro lado del sótano está encerrado en una caja de alambre, un batiburrillo mal iluminado que alberga rarezas como viejos dioramas escolares donados a la empresa, que representan momentos importantes de la historia norteamericana, cajas con impresiones en urdu de nuestros diccionarios y el amasijo rancio de papeles viejos que se arrumbaron apresuradamente en las estanterías de metal. Al deambular entre los pasillos, sientes cómo se te erizan los pelos de la nuca; el sitio es un almacén para los sueños de David Lynch.

No todo es inquietud lovecraftiana: dos majestuosas salas de conferencias flanquean el edificio, decoradas con paneles de madera pintada y cortinas largas, dominadas

por unas enormes y oscuras mesas de conferencias que relucen como espejos y sobre las que *nadie* tiene permitido apoyar nada salvo unas almohadillas de escritorio con envés de terciopelo. Son las únicas salas magnas. El resto del edificio es una conejera de cubículos de varios matices del mismo color descolorido: gris topo. Incluso el café parece anacrónico: es un producto anónimo que viene en enormes paquetes de papel de aluminio naranja, al parecer cosechado el mismo año en que se fabricó nuestra cafetera industrial, que data de la presidencia de Lyndon Johnson. El polvillo de los paquetes da al café un sabor de cartón mojado, pero es nuestro café y nos resistimos a cambiarlo. Hace poco, el departamento editorial adquirió uno de esos nuevos adminículos que sirven una tacita siseando como un lagarto furioso. No obstante, la gente sigue preparándose y bebiendo la horrenda sustancia envasada en papel de aluminio naranja.

También hay una extraña yuxtaposición de gente. En la planta baja se encuentran los empleados parlanchines: atención al cliente, comercialización, informática. No es una oficina ruidosa, pero se oyen conversaciones, risas, el balbuceo electrónico de las llamadas telefónicas, el ruido sordo de las cajas que se levantan y se dejan caer. La gente asoma por encima de los cubículos como perritos de las praderas y grita a sus compañeros de trabajo: «Ey, ¿vamos a dar un paseo a la hora de comer?». Todo es completa y sosamente normal. Pero, si subes al primer piso por la escalera que retumba, el alegre sonido se convierte en silencio. Llegas a un descansillo con dos pesadas puertas contraincendios que se miran, cerradas. Escucha: suena

vacío, abandonado, quizá un poco encantado. Tampoco ayuda que en la escalera esté mucho más oscuro de lo que suponías. El cuadro te hace preguntarte qué rarezas habrán escondido ahí arriba —más dioramas inquietantes, quizá, o a la señorita Havisham, de la novela de Dickens, languideciendo en una tumbona polvorienta— cuando una de las puertas se abre de pronto. La persona que sale se sobresalta, con los ojos como platos, luego agacha la cabeza, murmura «perdón» y pasa delante de ti a toda prisa. La puerta está abierta: dentro se perciben más cubículos, montones de libros y la *sensación* de que hay gente, aunque no el *sonido* de la gente. Bienvenido al departamento editorial.

Casi nadie se para a pensar en el diccionario que utiliza: el diccionario solo *es*, como el universo. Para algunas personas, la humanidad recibió el diccionario *ex coeli*, un tomo sagrado forrado en cuero, cuya verdad y sabiduría son tan infalibles como las de Dios. Para otras, el diccionario es algo que se ha comprado en la mesa de gangas, en cartoné y por un dólar, porque un adulto debe tener un diccionario. Ninguno de los dos grupos se da cuenta de que el diccionario es un documento humano, compilado, revisado y actualizado constantemente por personas vivas, reales y desmañadas. En el modesto edificio de ladrillo de Springfield hay unos veinte individuos que dedican la semana laboral solo a hacer diccionarios: tamizan el idioma, lo categorizan, lo describen, lo alfabetizan. Son fanáticos de las palabras que se pasan casi toda la vida escribiendo y revisando definiciones,

reflexionando sobre adverbios y quedándose lenta e inexorablemente ciegos. Son lexicógrafos.

Para ser justos, la mayoría de los lexicógrafos tampoco pensaron mucho en quiénes se escondían tras los diccionarios antes de elegir su profesión. Pese a todo mi amor por el inglés, pensaba poco y nada en el diccionario y ni siquiera me había dado cuenta de que hubiera más de uno; no existe «*el* diccionario», sino «*un* diccionario» o «*uno de muchos* diccionarios». El Webster rojo que todos usábamos era solo uno entre muchos diccionarios Webster, publicados por distintas editoriales; «Webster» no es un nombre registrado, así que cualquier editorial puede pegarlo en cualquier obra que quiera. Y lo hacen: desde el siglo XX en adelante, casi todas las editoriales norteamericanas de obras de referencia han publicado una llamada «Webster».[8] Pero yo no estaba al corriente de eso hasta que empecé a trabajar en Merriam-Webster. Si pensaba poco en los diccionarios, pensaba aún menos en la lexicografía.

Es la gesta de los míos. La mayoría de los lexicógrafos no tenían idea de que existía una carrera así hasta que se encontraron metidos en ella.

Neil Serven, uno de los editores de Merriam-Webster, es una excepción. Resume sus breves reflexiones infantiles sobre cómo se creaban los diccionarios de la siguiente manera: «Imaginaba pasillos oscuros y gente enfadada».

Hoy en día, en este oficio somos pocos; puede que el lenguaje sea una industria en crecimiento, pero los diccionarios no. (¿Cuándo fue la última vez que *tú* compraste un diccionario? Me lo imaginaba). Y sin embargo

cada vez que le cuento a alguien lo que hago —y después de que me pidan que se lo repita, porque la afirmación «escribo diccionarios» es muy inesperada— me preguntan si estamos contratando. Pasarse el día sentado en una sala, leer, pensar en el significado de las palabras: suena como el trabajo ideal para cualquiera a quien le gusten remotamente las palabras.

En Merriam-Webster solo hay dos requisitos formales para convertirse en lexicógrafo: tener un título en cualquier campo acreditado por cuatro años de universidad y ser hablante nativo de inglés.

La gente se sorprende (y quizá se horroriza un poco) al enterarse de que no les exigimos a los lexicógrafos que sean lingüistas o graduados en Filología Inglesa. La realidad es que un grupo diverso de trabajadores produce mejores definiciones. La mayoría de los lexicógrafos son «definidores generales»; es decir, definen todo tipo de palabras de todas las áreas temáticas, desde el tejido hasta la historia militar, pasando por la teoría gay y los coches tuneados. Y si bien no se necesita ser un experto en todos los campos concebibles para definir el vocabulario utilizado en ese campo, hay algunos cuyo léxico es un poco más opaco que el de otros:

Cuando P^* es menor que P , la Reserva Federal puede relajar sus políticas de crédito, permitiendo que el crédito bancario y la oferta de dinero crezcan a un ritmo más rápido. La fórmula correspondiente a P^* es:

$$P^* = M2 \times V^*/Q^*$$

donde $M2$ es una medida oficial de la oferta de dinero (cheques y depósitos a la vista, ahorros y depósitos a plazo fijo), V^* es la velocidad de $M2$, o el número de veces que ese dinero circula, y Q^* es el valor estimado

del producto nacional bruto con una tasa de crecimiento nominal del 2,5 % anual.[9]

Para alguien como yo, que tiene una relación antagónica con las matemáticas, lo anterior es una pesadilla. ¿Qué es «P»? ¿Los depósitos a la vista son distintos de los depósitos a plazo fijo? ¿El dinero tiene una *velocidad* (no solo al escapárseme)? Si alguien de la plantilla, sin embargo, ha estudiado ciencias económicas, con toda seguridad podrá vérselas con esa jerga. En consecuencia, contamos con un mínimo indispensable de diplomados en inglés y lingüística, pero también con economistas, científicos de todo pelaje, historiadores, filósofos, poetas, pintores, matemáticos, expertos en comercio internacional y suficientes medievalistas para organizar una feria del Renacimiento.

Además, pedimos que nuestros lexicógrafos sean hablantes nativos de inglés por una razón muy sencilla: nos centramos en ese idioma, y es necesario dominar todos sus modismos y expresiones. Es una triste realidad de nuestra vida laboral cotidiana que leemos algunos escritos buenos y un montón de escritos mediocres y terribles. Tienes que poder discernir, sin que nadie te lo diga, que «la gente piensan» no es una frase gramaticalmente correcta, mientras que «la mayoría de los presentes piensan» es una concordancia *ad sensum* aceptada.

Tu condición de hablante nativo de inglés también puede convertirse en un refugio en distintos momentos de tu carrera. Llegará un día en que estarás metido hasta las orejas en la sustancia de una palabra, inclinado sobre el escritorio, con las manos en la cabeza y aplastado por la concentración. Llevarás días mirando una entrada en

particular, sin saber muy bien cómo seguir, y el filamento de tu cordura interior de pronto crepitará y se quemará. En un abrir y cerrar de ojos, entenderás por qué te cuesta tanto trabajo esa entrada: creerás que no hablas inglés; las palabras te parecerán escritas en un dialecto del bajo alemán y dudarás que signifiquen nada. Será un miércoles de abril a las tres de la tarde; vislumbrarás un sol radiante por la rendija de la ventana situada cerca de tu escritorio; los gritos de los niños que vuelven del colegio te sonarán ajenos y familiares a un tiempo; un pánico frío y metálico bajará por tu garganta y te revolverá el estómago. Tranquilo: es normal cuando pasas el día solo con el inglés. Simplemente, ponte de pie, baja aprisa una planta y pregúntale al primer comercial o encargado de atención al cliente: «¿Estoy hablando inglés?». Te asegurará que sí. Puede que te recuerde que en la empresa solo se contratan hablantes nativos.

Hay requisitos adicionales tácitos e incuantificables para ser lexicógrafo. Lo primero y principal es estar dotado de lo que los alemanes llaman «*Sprachgefühl*», o «sensibilidad lingüística». Se trata de algo elusivo: el ocasional zumbido en el cerebro que te indica que «plantar lechuga» y «plantar cara» son usos distintos de «plantar»; el parpadeo involuntario que te alerta de que «dos mulas cruzaron la frontera» no se refiere a una inocua actividad agrícola, sino a una artimaña con sustancias ilegales. No todo el mundo tiene *Sprachgefühl*, y no sabrás si estás dotado de ello hasta encontrarte con el idioma inglés hasta las rodillas, intentado cruzar sus zonas pantanosas. Utilizo «estar dotado» a conciencia; *tú* nunca *tendrás Sprachgefühl*; más

bien el *Sprachgefühl* te poseerá a ti, como un diablillo teutónico instalado en el medio del cráneo que te da un golpecito de martillo cada vez que lees «arroz frito crujiente» en una carta. El diablillo te clavará las uñas en el cerebro, y en vez de pedir comida china para llevar te quedarás paralizado delante del mostrador, pensando en si «arroz frito crujiente» se refiere a arroz frito que cruje o al plato conocido como «arroz frito», quizá preparado de una manera nueva y excitante. «Ese guion —piensas— podría ser un descuido o...». Y el diablillo teutónico soltará una risa y hundirá las garrillas un poco más.

Si no tienes *Sprachgefühl*, será evidente a los seis meses de entrar a trabajar como lexicógrafo. No te decepciones. Solo quiere decir que puedes dejarlo por un empelo más lucrativo, como repartir comida a domicilio.

También debes tener el temperamento adecuado para pasar casi ocho horas al día sentado en silencio y trabajar en total soledad. Habrá otras personas en la oficina —las oirás ordenar papeles y farfullar para sí mismas—, pero casi no tendrás contacto con ellas. De hecho, te lo advierten una y otra vez. La primera parte de mi entrevista en Merriam-Webster fue un paseo por el departamento editorial, que se hallaba en un silencio casi sepulcral. Steve me hizo notar que no había teléfonos en casi ningún escritorio; si necesitaba hacer o recibir una llamada, cualquiera que fuese la horrenda razón, en aquella planta había dos cabinas telefónicas disponibles. Las cabinas siguen en su sitio. Rara vez se utilizan: son diminutas y no están ventiladas ni insonorizadas; sin embargo, no es que no se utilicen *porque* son diminutas y no están ventiladas ni

insonorizadas. Rara vez se utilizan porque los editores no hablan por teléfono si pueden evitarlo. Me maravillé en voz alta de las cabinas telefónicas, y Steve me miró torcido. ¿Quizá esperaba tener un teléfono en mi escritorio? Le aseguré que no. Mi anterior puesto de asistente en una oficina ajetreada me había dejado exhausta y temblando hasta los huesos, así que por poco no lloré de felicidad al oír que no tendría teléfono en mi escritorio.

La segunda parte de la entrevista se realizó con Fred Mish, entonces director de Merriam-Webster, que estaba sentado en una de las pequeñas salas de conferencias como una araña en su tela, esperando a que la mosca entrara temblando con su bonito atuendo para entrevistas. Le echó una ojeada a mi currículum y me preguntó con cierta incredulidad si me *gustaba* interactuar con la gente, porque de ser así debía entender que este trabajo no prometía nada de eso.

—El cotilleo de oficina al que probablemente estás acostumbrada —gruñó— no favorece la buena lexicografía, así que lo evitamos.

No mentía: empecé a trabajar en Merriam-Webster en julio; me tomó un mes cruzar saludos (en algunos casos solo saludos) con los otros cuarenta editores de la plantilla. Uno de mis compañeros de trabajo me contó que en el departamento editorial había existido una Regla de Silencio —y cuando lo dijo oí las mayúsculas— hasta principios de la década de 1990. Hace poco me dijeron que se trataba de un mito, pero uno de los editores contratados en los años cincuenta para trabajar en el *Webster's Third New International Dictionary* afirma que era verdad. «El silencio

de los corderos era un hecho —dice E. Ward Gilman, un grande de la lexicografía y editor emérito de Merriam-Webster—, aunque no sé quién seguiría contándoselo a los nuevos».

Emily Brewster, que lleva quince años como editora en Merriam-Webster, resume el anhelo secreto de todo lexicógrafo: «Sí, lo que quiero hacer es esto. Quiero pasarme todo el día sola sentada en un cubículo, pensando sobre las palabras y sin hablar con nadie. ¡Suenan estupendo!».

La calma se necesita por buenos motivos. La lexicografía es una combinación de ciencia y arte, y ambas cosas requieren que uno se comprometa con la concentración silenciosa. La tarea de un definidor es encontrar las palabras más exactas y adecuadas para describir el significado de una palabra, y a esos efectos hace falta devanarse seriamente los sesos. «Minúsculo», por ejemplo, a menudo se usa para decir «pequeño», y uno podría arreglárselas para definirlo como tal y a continuación pasar página. Pero «minúsculo» remite a una pequeñez particular, que no es la misma pequeñez asociada con «diminuto»: «minúsculo» implica una pequeñez estrecha, una pequeñez mezquina, de manera que como definidor debes recorrer los caminos y vericuetos del idioma en busca de la palabra adecuada para describir la especial pequeñez de «minúsculo». Y no hay nada peor que estar a una sílaba de la definición perfecta y platónica de «minúsculo», para que se te escape cuando tu compañero de trabajo entabla una conversación larga y ruidosa sobre

los nuevos filtros de café de la oficina, su colonoscopia o las posibilidades de que los Sox lleguen ese año a la final.[10]

Desde luego, de vez en cuando tenemos que comunicarnos unos con otros para funcionar. Ahora usamos el correo electrónico, pero antes de que los ordenadores fuesen comunes en el departamento, existía un sistema de correo interno llamado «la rosa».

En Merriam-Webster, todos los editores tienen las mismas herramientas sobre el escritorio: un fechador personalizado, con su apellido y la fecha, utilizado para firmar y fechar toda cosa que pase por su escritorio; un puñado de bolígrafos y lápices (incluidos unos cuantos muñones viejos de lápices Stabilo, que antes se usaban para marcar inserciones y supresiones en las galeradas satinadas y ahora se atesoran contra el inminente Apocalipsis de Lápices); y una caja con fichas de 7,6 por 12,7 centímetros en colores rosa, amarillo, blanco y azul. Los colores no son para alegrar tu cubículo marrón grisáceo; tienen un propósito. Las fichas blancas se usan para las citas: cualquier testimonio del uso del inglés que quieras apuntar. Las amarillas sirven solo para los borradores de definiciones. Las fichas rosas, o rosas a secas, sirven para las notas misceláneas destinadas al archivo: informes de errores tipográficos, preguntas sobre cómo redactar una entrada, comentarios sobre definiciones existentes.[11] Las rosas también acabaron destinándose a los comunicados personales.

Funcionaba de la siguiente manera. Supongamos que formabas parte de un grupo de editores que salían a almorzar juntos los viernes. No querías molestar a cada